

tónces Maillard, vociferando nuevas injurias, dijo « que todos los Franceses debian honrarse del título de ciudadanos, y que si alguno de los miembros de la ilustre junta lo desechaba era preciso excluirle, inmediatamente, de la representacion nacional. » Si, si, gritaron los diputados, que querian concluir esta escandalosa escena, todos somos ciudadanos. » Tranquilizaron á las mugeres, sobre las intenciones de los guardias de corps, y se les dió, de parte de estos militares, una cucarda nacional, que Maillard les enseñó en medio de los mas vivos aplausos. La asamblea dió un decreto sobre las subsistencias, y se entregó una copia á Maillard; Mounier fué encargado de presentar la otra á la sancion real, é insistir, sobre la promulgacion de los decretos

del 4 de Agosto. Las mugeres dijeron, que querian ir con él, y Mounier les opuso el inconveniente de semejante paso; pero ellas se empeñaron, y fué preciso ceder. Seis mugeres fuéron elegidas por el presidente, para entrar en su compania al cuarto del rey, y el pueblo nombró otras; las introdujéron, inmediatamente, en casa de St.-Priest, que les dijo, inconsideradamente: « Cuando no teniais mas que un rey, no teniais falta de pan; ahora, que teneis mil doscientos, id á que ellos os le den; » y en seguida, se les prometió hacer que hablasen al rey.

Ya Luis XVI sabia lo que pasaba cerca de el, pues Cubieres, escudero de la reina, habia ido en su busca al punto en donde cazaba, para informarle. La huida estaba ya decidida en este mo-

mento; pero habiendo la milicia nacional detenido, en la reja del parque, los coches de la reina, fué preciso renunciar de este medio, y esperar el peligro, que era ya inminente. Algunos cortesanos aconsejaban el uso de la fuerza, para rechazar la masa popular; pero todos los hombres prudentes conocian su imposibilidad. Fué, pues, preciso ceder à la necesidad, y recibir la diputacion de mugeres de Paris, que conducia Mounier, portador de los decretos de la asamblea. El rey las recibió, con bondad; les prometió hacer cuanto pudiese, para procurarles pan, y abrazó al orador de cuadrilla, jóven obrero escultor, de 17 años, llamado Louison Chabry. Estas mugeres estaban, de buena fe, en su exaltacion; la afabilidad del rey las calmó; salieron de palacio gritando,

Viva el rey! y anunciáron á sus compañeras la voluntad paternal del monarca pero la multitud las creyó engañadas, por la corte, y tratáron de multratarlas. Gritáron, que era preciso colgarlas, y la milicia de Versalles tuvo mucha dificultad, para separarlas del furor de la multitud. La agitacion se iba aumentando: los Parisienses se mezclaban con los soldados de Flandes, acampados, parte sobre la plaza, y parte en el primer patio de Palacio, y obtenian su promesa de no disparar contra el pueblo. La guardia nacional de Versalles estaba, tambien, muy mal con la corte, y sobre todo llena de animosidad contra los guardias de corps, que la habian insultado; habia tambien llevado cañones contra los dos escuadrones de dichos guardias, y les amenazaba, sin cesar,

con un terrible fuego; en fin, una casualidad triste dió principio á las hostilidades. Un soldado parisiense, habiendo llegado á la primera reja, entre guardias de corps, fué perseguido, y golpeado por Lasavonniere, cabo de esta tropa. La milicia de Versailles, lo vió, y un soldado de las filas rompió las espaldas del imprudente agresor. Entónces se hizo general el combate, y los guardias de corps, atacados, por todas partes, se viéron forzados á retirarse á sus cuarteles. De repente se trata de atacar el palacio, y tres cañones se dirijeron contra sus defensores. Acercáron la mecha encendida, y la lluvia detuvo la explosion. Muchas voces gritáron; deteneos, no es aun tiempo.... El tropel se detuvo, como por casualidad, y un

deplorable catástrofe se retardó, por algunos años.

Mounier, habiendo recibido la aceptación sencilla, y pura de los decretos del 4 de Agosto, y de la ley sobre subsistencias, volvió á abrir la sesion que, en su ausencia, habia levantado el obispo de Langres, insultado por el pueblo. Se tomó de nuevo la discusion del código criminal, y, aunque no fué posible deliberar, el presidente se negó muchas veces á terminar la sesion, esperando, siempre, poder evitar algunas desgracias por la permanencia de la asamblea. En fin Lafayette llegó, y la corte recuperó alguna esperanza. Antes de entrar en Versailles hizo prestar, al ejército parisiense, juramento de obediencia á la nacion, la ley, y al rey; tranquilizó á

Luis, sobre los intenciones de los revoltosos; dió la guardia de palacio á los antiguos guardias franceses, y, afin de apaciguar, al mismo tiempo, las inquietudes del puebló, hizo declarar, por medio del ayudante general, Berthier, á la milicia de Versailles, que los guardias de corps iban á prestar el juramento cívico, y tomar la cucarda nacional. Desde este momento todo parecia en calma, á excepcion, acaso, de la furia de la multitud, contra los defensores desgraciados del rey. En este momento creyó Mounier, que ya se podia levantar la sesion, y Lafayette, cansado de las horribles escenas de este dia, fué á descansar, unos momentos, que fuéron reprendidos, de una manera sangrienta, tal como si la accion hubiese sido la mas criminal.

La seguida de este dia desastroso se complicó con mil incidentes que, aun, estan entre tinieblas. Podrémos contar los hechos; Pero ¿como descubriremos las causas, en el centro de las declamaciones de los partidos? Parece, sin embargo, que los acontecimientos nocturnos, que vamos á describir, resultaron de una trama urdida, por los partidarios del duque de Orléans, dirigida á colocarle, sobre el trono, ó darle la regencia. Muchos de nuestros contemporaneos, dignos de fe, y entre otros el respectable Lafayette, se creen ciertos de esta maquinacion, y la diferencia entre este ataque nocturno, y los hechos, que le precedieron, y siguieron, anuncia, tambien, la diferencia en sus causas y objeto. Seria una locura atribuir la insurreccion parisiense á una trama, y lo

seria tambien no creer, que la maquinacion habia dirigido el ataque del pueblo al palacio, en medio de la noche. Una grande agitacion reinó en la plaza de Versailles, y en las entradas inmediatas. Se injurió, groseramente, y sin cesar, á los guardias de corps, y el caballo de uno de estos, que cayó entre las manos del pueblo, fué despedazado, asado, y devorado en un instante; pero no cometieron graves excesos, hasta las seis de la mañana, momento, en que los defensores del palacio, seguros del proyecto de los sublevados, se retiraron á descansar; entónces, una horda de bandidos, lanzando gritos de furor, llegó, por la reja de la capilla, hasta la escalera del rey. Parece, que el duque de Orleans se hallaba entre ellos, aunque ha querido probar su cuartada, y que,

demasiado cobarde, para coronar su crimen, se retiró en el momento, en que iba á penetrar con este tropel á los cuartos interiores. Se ha creido tambien, que se reconoció á Mirabeau en un grupo de hombres, que animaba á los sublevados. Lo que hay de cierto es, que el nombre del principe, y el del orador fuéron pronunciados en el tropel, y el rumor publico los acusó á los dos, unanimemente. Los bandidos, despues de haber asaltado las antesalas, amenazado á los guardias de corps, y asesinado á Mionmandre, uno de ellos, llegaron hasta el cuarto de dormir de la reyna, endonde, creyendo hallarla en su cama, vomitaron horrosas imprecaciones, que no permiten dudar de su designio de asesinarla. No habiendola encontrado, se fuéron al cuarto del rey; rompiéron las

puertas, y se precipitaron en la clara-  
voya, endonde tuvieron que sostener un  
combate contra los intrepidos guardias  
de corps. Iban á llegar al cuarto del  
rey, sobre los cadaveres de sus guardias,  
cuando la milicia parisiense, y los an-  
tiguos guardias franceses, corrieron,  
arrojaron los asesinos, y se apoderaron  
de los puestos interiores.

La plaza de armas, y los patios de  
Palacio eran testigos de las mismas es-  
cenas de horror; los guardias de corps  
huian de todas partes, perseguidos por  
trepales de hombres, enfurecidos, y mu-  
geres mas furiosas aun. Huter, y Vari-  
court, cogidos, por la multitud, fuéron  
arrojados en tierra, y un viejo horrible,  
con barba larga, conocido despues, bajo  
el nombre de Jourdan, corta cabezas,

los sacrificó con una hacha, que chor-  
reaba sangre. Mas de treinta compañe-  
ros iban á sufrir la misma suerte, cuando  
Lafayette, á la cabeza de una compañía  
de granaderos, dispersó esta horda de  
canibales, y salvó los desgraciados cau-  
tivos.

Cuando el pueblo hizo su irupcion en  
palacio, la reyna, en trage de noche, se  
refugió á un cuartito de la habitacion  
del rey; allí se habia reunido toda la  
familia real consternada. Las princesas  
lloraban, el delfin tenia miedo, el rey  
mismo no podia menos de gemir, sobre  
su pueblo, y su familia. La reyna creyó  
ver en el jardin al duque de Orléans, y  
Duport; y su espanto se redobló. La-  
fayette trató de tranquilizarla. El pueblo  
la pidió; y la aconsejaron, que cediese

á sus deseos, haciendo todo lo posible, por calmar su efervescencia; se presentó en una ventana, con el delfin, y gritaron, con intencion siniestra, ¡fuera el niño! La reyna tuvo valor, para obedecer, y el pueblo se calmó. Una voz en el tropel gritó, ¡El rey en Paris! y este grito fué repetido con entusiasmo. Entónces Lafayette, y Luis XVI se presentáron en un balcon, y pidieron gracia por los guardias de corps; el rey prometió fijarse en Paris, y satisfacer á su buen pueblo, y fué aplaudido. Los guardias de corps, á su turno, se presentáron en medio de los granaderos parisienses. Pidieron gracia, arrojáron sus bandoleras; cambiáron sus sombreros, por gorras de granaderos, y el tropel los aplaudió, gritando, transportado ¡vivan los guardias de corps! Muchas señales de alegría,

y salvas de fusileria, anunciáron la victoria de los Parisienses, y la reconciliacion del rey con su pueblo. De esta manera cayéron, otra vez, los proyectos de los conjurados orleanistas, y aristócratas.

La asamblea abrió su sesion á las once, y Mounier propuso trasladarse á palacio, y deliberar á presencia del rey. Mirabeau y Barnave se opusieron, y reclamáron la libertad de los votos.

Los debates empezáron á ser borrascosos, cuando el rey hizo prevenir á la asamblea la resolucion, que habia tomado de trasladar á Paris su residencia; suplicó á los diputados, que no se separasen de él, y esta noticia, excitó mil aclamaciones. Mirabeau hizo acoger la mocion de votar, inmediatamente, la contribucion patriótica, propuesta por

Necker, y sellar así este día, que nombró afortunado.

El rey salió á la una de Versalles, con una horrible compañía; un poco antes, que el, habiendo salido los asesinos, que llevaban las cabezas de Huter, y Varicourt. En seguida marchaba el ejército parisiense, á quien seguían los desgraciados guardias de corps, rodeados de una mezcla oscura de soldados, mugeres, y bandidos, armados, entre los que se distinguía el feroz corta-cabezas de barba larga. ¡Llevámos el panadero, la panadera y el marmiton! de este modo gritaba la multitud popular, que servía de escolta al desgraciado monarca, manifestando la esperanza de hacer venir á Paris la abundancia, con el príncipe. Despues de seis horas de marcha, el acompañamiento fatal se

detuvo en la casa de Ayuntamiento, en donde aun tuvo el rey, que sufrir una muy cansada ceremonia, ántes de volver á entrar en el palacio, abandonado, por sus padres.

La asamblea, despues de algunas discusiones, siguió al rey á París; tomo, ántes de trasladarse, una resolución, que hacia responsable al Ayuntamiento de los peligros, que iba á correr, é hizo prometer á las autoridades parisienses, por medio de Lafayette, y de Bailly, tomar todas las medidas necesarias, para asegurar la libertad de los vocales. Sin embargo, la asamblea se encontraba en una posición difícil. Mounier, y Lally-Tolendal habian dejado funciones, en que no creían ya poder hacer el bien, y habian huido de una patria, entregada á una exaltación feroz.



Otros diputados seguían su ejemplo, y, á lo menos, por algun tiempo, el partido monarquico desapareció. Se temió, tambien, la disolucion, de hecho, de la asamblea. Acerca de la mocion de Lechapelier, se dió un decreto, prohibiendo, á los diputados, abandonar su puesto, y la opinion publica garantizaba la ejecucion del decreto.

Lafayette, y los miembros del partido moderado patriótico, tan amedrentados, como la corte, de los crimines del 6 de octubre, y acusando, igualmente, al duque de Orléans, como autor, se reunieron para prevenir la repetición de semejantes maldades. Lafayette tuvo una entrevista con Orleans, le habló con firmeza, y le obligó á aceptar un destierro vergonoso bajo una misión á Inglaterra. En vano los

partidarios de este principe le expusieron, que era confesarse culpable, si aceptaba el destierro, como gracia; en vano Mirabeau prometió sostenerle, con todo su poder, si se quedaba, y le amenazaba de denunciar su huida; mas, despues de cobardes irresoluciones, marchó, llevandose, tras si, el odio, y el desprecio de todas las opiniones.